

misericordia á los hombres, á condicion de que cada uno permaneciese fuera de su casa por espacio de treinta y cuatro dias azotándose. Se les hacia buena acogida y se les daba dinero para comprar cirios y cruces. De dia se azotaban públicamente por mañana y tarde, y de noche en secreto, se abstenerian de tener ninguna relacion con mujeres y dormir en colchones. En viaje, no se detenian más que una sola noche en cada parroquia, excepto la noche del domingo. Su traje era negro con cruces rojas por delante y por detrás, como tambien sobre el gorro, y disciplinas colgadas de la cintura. Muchas persouas se unian á ellos en el camino, jurando obedecer á los jefes durante treinta y cuatro dias. Debian tener por lo menos cuatro dineros diarios para gastar, haber recibido la absolucion y comulgado, haberse reconciliado con sus enemigos y obtenido el consentimiento de sus mujeres.

Pasaron los disciplinantes después á los Países Bajos, Francia é Italia; pero no era posible evitar los desórdenes en semejante tropel, sobre todo cuando las mujeres quisieron mezclarse á él; habia supersticiosos fanáticos que libaban de los demonios y absolvian confesándose unos á otros. Por lo tanto, el papa reprobó estos excesos mandando que fuesen denunciados; el rey Felipe les prohibió que entrasen en Francia so pena de muerte (4).

(4) Esta costumbre no era nueva, ni desapareció entonces. El año 1260, hombres y mujeres procesionalmente recorrian las calles disciplinándose hasta derramar sangre; iban hasta cien mil de lugar en lugar, aconsejando la paz y á los usureros la restitution. Treinta mil boloñeses pasaron á Módena cantando laudes; y encontrados por los modenenses en Casteleon, se disciplinaron juntos en San Geminiano, y despues de haber recibido allí hospitalidad se retiraron á sus casas. Aquella devocion descompuesta y escandalosa no agradó á algunos tiranos; Oberto Palavicino, Obizzo de Este, los Torriani de Milan, Manfredo de Sicilia, levantaron horcas para castigar al desgraciado que penetrase en sus Estados. Tambien los ferrareses hicieron un estatuto contra ellos; pero en otros lugares dejaron huellas de su costumbre, instituyendo hermandades con estandartes y divisas, bajo las cuales hacian penitencia. Despues en 1334, Fr. Venturino de Bérgamo, de la orden de Predicadores, llegó hasta Roma seguido de diez, y segun algunos, de treinta mil hombres que llevaban una camiseta larga hasta media pierna, y encima un capotillo azul que llegaba hasta la rodilla, medias blancas y borceguies de cuero hasta media pierna; en el pecho una paloma blanca con el ramo de olivo en la boca; en la mano derecha el bordon y en la izquierda el rosario. Así los pinta el anónimo romano. Antonio Flaminio, forocorneliense, dice que llevaban un vestido blanco y sobre él otro azul casi negro, y dos cruces, una blanca y otra roja de paño; á la izquierda una paloma con el ramo de olivo, en el pecho la *Tau* y en la mano un baston sin contera como los peregrinos, y una cuerda con siete nudos. No agradó al papa esta procesion, y Fr. Venturino fué puesto en el tormento y encarcelado.

Volvieron á presentarse en 1399 estos excesos de devocion. La Virgen que se apareció á un campesino en Irlanda, le enseñó que el mejor preservativo de la peste y de

Mientras unos se entregaban á estos excesos de devocion, otros se daban al libertinaje queriendo gozar de la vida que se les escapaba; algunos rodeándose de un asqueroso egoismo, como los amigos de Bocaccio, cerraban sus oidos á las desgracias públicas buscando placeres momentáneos.

Las guerras eran estas procesiones, y con este motivo vestidos de blanco, cubiertos con una capucha, distinguiéndose los hombres de las mujeres solo por una cruz roja, se pusieron en camino de tres en tres, después de haberse confesado, de pedir perdon si habian ofendido á alguno, de perdonar las injurias recibidas y de restituir lo que injustamente poseyesen. De este modo recorrian por lo menos tres iglesias diariamente por espacio de nueve dias; al llegar á un pueblo cantaban oraciones, el *Stabat Mater*, y después tres *Misereres* al entrar en la iglesia. Estos nueve dias hacian vida de Cuaresma; no dormian en cama, ni se desnudaban, y muchos andaban descalzos; al concluirse este novenario enviaban á las ciudades próximas una invitacion para que en nombre de la Virgen Maria imitasen aquella devocion.

De Irlanda pasaron á Inglaterra, á Francia y después á Génova, á Lombardia, á Toscana y al resto de Italia, llevando á todas partes paz y concordia y prodigando sermones y milagros. Francisco Sacchetti habla en un capitulo de los de Florencia. A Milan « vino un gran número de hombres, mujeres, jóvenes, niños de ambos sexos, de todas condiciones, todos descalzos, envueltos de piés á cabeza en lienzos blancos, que apenas dejaban descubierta la frente; á ellos se reunieron los habitantes de las ciudades y aldeas, de las cuales salieron todos; visitaban ocho dias seguidos tres iglesias de la ciudad, y comunmente en una de ellas hacian celebrar una misa cantada; en todos los caminos en cruz que encontraban, se echaban á tierra pidiendo tres veces misericordia, y despues cantaban el *Padre Nuestro*, el *Ave Maria* y otros cánticos, compuestos por san Bernardo, ó letanias y otras oraciones. Al llegar á una ciudad ó aldea, los que eran habitantes de ella, se separaban de sus compañeros y entraban invitando á que tomasen el hábito, de manera que algunas veces se reunian mil, y algunas hasta mil y quinientos. Se celebraron infinitas reconciliaciones, se dieron muchas limosnas, y algunos hicieron verdadera penitencia » (CORIO).

En aquellos nueve dias en Pádua no se cometió deshonestidad alguna, ni hubo pendencia de ninguna clase; los niños de un año, vistiéndoles de blanco, ya no lloraban, y las procesiones duraban desde la aurora hasta las dos de la tarde, llegando el número de ellos hasta tres mil y seiscientos; despues reunidos en el Prado del Valle, presentaron un espectáculo maravilloso. *Chron. Patav. ad an. 1399. Ap. Mur. Ant. ital. medii ævi IV.*

En las *Memorias históricas* de Rinuccini, en julio y agosto de 1399 se lee:

« En tiempo de estos priores se vió una cosa nueva y muy estraña y digna de admiracion y de memoria, y fué que hácia el Piamonte y por toda Lombardia y en Toscana, y casi toda Italia, muchísimos hombres y mujeres, grandes y pequeños y niños, se vistieron de lienzos blancos sobre los demás vestidos, con cruces rojas en el pecho y en la cabeza, andando descalzos con gran devocion, disciplinándose, ayunando, absteniéndose de la carne y llevando un crucifijo delante de su parroquia en grandísimas turbas. Todos los pueblos cantaban laudes en verso, así en latin como en italiano, gritando: *Misericordia y paz á Nuestro Señor y á Nuestra Señora*, por espacio de nueve dias con-

Si fué afflictivo el reinado de Felipe con estos desastres, al menos pudo redondear el reino, añadiéndole nuevas adquisiciones, principalmente el Delfinado (1388); pero receloso con respecto al saber y pródigo en medio de tan grandes necesidades, no se concilió el amor de sus súbditos.

**Juan el Bueno.**—Juan II, su hijo, ascendió al trono en el momento en que el país estaba amenazado por los ingleses (1350), y conmovido interiormente por Carlos II, rey de Navarra, llamado el Malo, que manifestaba pretensiones á la corona por parte de las mujeres. Juan, llamado sin razon el Bueno, comenzó por dar muerte á Rodolfo de Brienne, conde de Eu y de Guines, condestable de Francia, sospechoso de inteligencias con el rey de Inglaterra. Este secreto procedimiento le enajenó los ánimos indignados al ver al rey dirigir la misma acusacion contra todos aquellos de quienes queria desembarazarse. Estrechado por la necesidad de dinero, cortaba el árbol para coger el fruto. Hacer bancarota, acuñar moneda falsa, aumentar ó disminuir su valor, hasta diez y seis veces en un año, confiscar los bienes de los lombardos, todo esto le parecian expedientes admirables; todo ello no era para acumular tesoros, sino para hartar á los nobles y favoritos (5). Se habia establecido en tiempo de su padre una ley fundamental, importante en demasia (1338) que decretaba que no se estableceria ningun impuesto sin el consentimiento de los Estados Generales. Habiendo convocado Juan el Bueno para este efecto á los Estados de la lengua de *oil* (1355), obtuvo una leva de treinta mil hombres de armas, es decir, de noventa mil combatientes, para cuyo sostenimiento se impuso una gabela sobre la sal, y ocho dineros por libra sobre el importe de las ventas. En cambio renun-

secutivos, sin dormir en cama, yendo los de Florencia á Arezzo y á Cortona, y á otros muchos puntos; los de otros pueblos iban á Florencia, y así en toda Italia. Y lo admirable era que en estos viajes no hacian daño ninguno, ni en los frutos ni en ninguna otra cosa; compraban todo lo necesario; hacian renacer la paz y concordia entre muchos señores, y aun se hicieron paces entre personas enemistadas á causa de homicidios. Fué esto una cosa admirable y digna de perpétua memoria; anuncio de la mortandad que vino despues; y aquel año se llamó año de los Blancos.»

Entonces se multiplicaron en todas partes las hermandades que visitaban las iglesias y acompañaban el Viático, propagándose especialmente las de San Vicente Ferrer y San Bernardino de Siena. Varchi en su tiempo hace mencion de setenta y cinco sólo en Florencia. Muchas personas en sus últimos momentos, se hacian poner las divisas de una hermandad, y así se extendió su devocion entre los seglares.

(5) Segun la tarifa del rey Juan (1350), los labradores debian tener 12 dineros, y los artesanos de la ciudad de 26 á 32 dineros, esto es, un franco y 2/50 valor medio. La tarifa francesa de 21 de abril de 1332, fija al labrador jornalero 1,50 francos en las ciudades mas ricas, y hasta 30 céntimos en ciertos municipios DEGERANDO, *De la bienfaisance publique*.

ció á varias clases de exacciones prometiendo aun más; lo cual hizo que los diputados se lo concediesen, además de una capitacion general (6).

**Batalla de Poitiers.**—La perfidia hizo que se rebelase la Normandia, y el príncipe Negro que entonces recorria la Francia, se apresuró á acudir á aquel lado. Pero se encontró en tan crítica situacion cerca de Poitiers, que si el rey se hubiese contentado con cercarle, se hubiera visto reducido á capitular. Encontrábase además Juan á la cabeza de un ejército cuádruple del suyo; tenia consigo á sus cuatro hijos, su hermano y los más ilustres barones del reino (19 de Setiembre). Ardian los señores franceses en deseos de pelear en primera fila y de dar pruebas de valor, aun cuando les costase la vida: el rey habia instituido la orden de la *Noble casa*, cuyos miembros se comprometian á no ceder nunca al enemigo más que cuatro yugadas de tierra y hacerse matar antes que huir. Parecia, pues, cierta la victoria; sin embargo, seis mil de los franceses más valientes cayeron en la pelea, y el mismo rey se vió obligado á rendirse con su hijo Felipe; diez y ocho condes y más de ochocientos barones y caballeros quedaron prisioneros.

Si en esta guerra el pueblo se veia vilipendiado, los señores eran tratados con cortesía caballeresca; todo eran fiestas, banquetes y cacerías, en las que él enemigo hacia los honores. Los prisioneros hechos en Poitiers quedaron en libertad, bajo su palabra de que volverian para Navidad con los grandes rescates prometidos. El príncipe Negro trató como rey á aquel Juan á quien hasta entonces habia negado el título; hasta quiso servirle á la mesa, diciendo de sí mismo que no era digno de sentarse con tan gran príncipe y tan valiente soldado (7). Juan fué recibido en triunfo en Londres,

(6) Cada lanza costaba treinta sueldos diarios, es decir, 6 pesetas y 60 céntimos.

(7) « Cuando llegó la tarde, el príncipe de Gales dió de cenar al rey de Francia y á monseñor Felipe, su hijo, y á monseñor Jacobo de Borbon y á la mayor parte de los condes y barones de Francia que estaban prisioneros. Y sentó el príncipe al rey de Francia y á su hijo monseñor Felipe, á monseñor Jacobo de Borbon, monseñor Juan de Artois, al conde de Tanquerille, etc., á una mesa muy alta y bien cubierta; y todos los barones y caballeros en las otras mesas. Y servia siempre el príncipe delante de la mesa del rey, y en todas las otras mesas, tan humildemente como podia. Ni nunca quiso sentarse á la mesa del rey, por más ruegos que el rey le hizo; así decia siempre que no se hallaba á tanta altura que le perteneciese sentarse á la mesa de tan alto príncipe y tan valiente hombre como el cuerpo de él lo era, y como habia manifestado en la jornada... »

« Y siempre se arrodillaba delante del rey, y decia de este modo: *Señor amado, no querais darme mala acogida, aunque Dios no haya permitido hoy vuestra voluntad; porque ciertamente mi señor padre os hará tanto honor y amistad como pueda, y concordará con vos tan razonablemente, que permaneceréis buenos amigos juntos y para siempre. Y me parece que teneis gran razon para regocijaros, aun*



donde se le asignó por prision el palacio y parque de Windsor, con la facultad de recibir en él á todos los que quisiera (8).

Poseída Francia de espanto, veía ya á París en poder del enemigo; y aunque el delfín Carlos reparase en el puesto de lugar-teniente general del

cuando la jornada no haya redundado en vuestro beneficio, pues hoy habeis conquistado el nombre de proeza por vuestra parte y escedido á todos los mejores. No digo esto por burlarme de vos, mi señor amado; porque todos los de nuestra partida que han visto á los unos y á los otros, han confirmado en esto á ciencia plena, y os conceden el premio y el rosario si queréis llevarlos.

En este punto comenzose á murmurar y dijeron entre sí franceses é ingleses que el príncipe había hablado noble y oportunamente. Rogáronle con instancia, manifestando comúnmente que le tenían y le seguirían teniendo por gentil señor, si podía durar y vivir largos años y perseverar en tal forma. FROISSART.

(8) «Habiendo conducido el duque de Gales y los demás barones al rey de Francia, á su hijo y á los otros barones presos en la batalla, á la isla de Inglaterra, dieron aviso de su llegada al rey Eduardo. Inmediatamente hizo éste que se congregaran en Londres los barones, los caballeros de armas y los ciudadanos más distinguidos de toda la isla, queriendo hacer singular fiesta en honor del rey de Francia, por su llegada: hizo de modo que todos los caballeros se vistieran de corto, así como los escuderos y ciudadanos. De consiguiente, cada uno de ellos, por agradar al rey, se esforzó en presentarse con dignidad y lujo; y se les ordenó á todos que salieran al encuentro del rey de Francia y le trataran con sumo respeto, haciéndole honor y compañía. El rey Eduardo en persona, vestido de corte con algunos de sus más altos barones, habiendo preparado una gran cacería en un bosque del camino fuera de Londres, envió á toda la susodicha caballería al encuentro del rey de Francia. Cuando se aproximó éste, saliendo de la selva el rey de Inglaterra por medio del camino, se acercó al rey de Francia, y quitándose la capucha le dijo al saludarle, después de haberse inclinado con respeto: *Muy querido primo, sed bien venido á la isla de Inglaterra*: el rey le respondió, bajándose también la capucha, que era bien hallado. Enseguida el rey de Inglaterra le invitó á la caza; y él le dió gracias por ello, diciéndole que no era ocasión oportuna. Entonces el rey repuso: *Podéis hacer lo que queráis en la cacería ó en el camino*. Se lo agradeció el rey de Francia; y habiéndole dicho el rey Eduardo, *Adios, querido primo*, volvió á internarse en la selva para continuar la caza. Seguido el rey de Francia de toda la compañía de los ingleses, fué conducido con gran fiesta á la ciudad de Londres, montado en el mejor caballo de la isla, de raza española, régicamente enjaezado y tenido de la brida y de la silla por los barones. Fué así llevado con demostraciones de grande honor por todas las buenas calles de la ciudad, dispuestas y adornadas para aquella ceremonia real, á fin de que pudieran verle todos los ingleses grandes y pequeños, mujeres y niños. Después se le condujo con esta solemnidad fuera de la ciudad á la real morada. Allí estaba preparada la comida sobre una mesa magníficamente guarnecida de oro, de plata y de objetos preciosos, y cubierta con delicados manjares: fué recibido y servido realmente. Todos los demás barones, así como el hijo del rey, que estaban prisioneros, fueron honrados segun su categoría el mismo día, que fué el 24 de Mayo del susodicho año. Esta alegría singular y esta gran fiesta hicieron prestar

reino lo que había habido de desleal y de débil en su anterior conducta, hasta el punto de merecer el sobrenombre de Sabio, empeoraban cada vez más la situación del país disturbios y revueltas intestinas. Mostráronse dóciles los Estados del Languedoc, suministrando tropas, ordenando que durante el cautiverio del rey no usaran los hombres ni las mujeres oro, plata, perlas, ni pieles de lujo, como tampoco capuchas ni otros adornos, y prohibiendo á todo juglar ó menestral que ejerciera su arte.

**Estéban Marcel.**—Se habían hecho poderosos los Estados generales, desde que votaban el impuesto y nombraban comisarios para su recaudación; pero habiendo decaído y muerto la primera nobleza, la inferior era despreciada como un lujo inútil, y los diputados del pueblo, diciendo que estaban descontentos del rey, y más aun del delfín, por el mal uso que hacían del dinero, excluyeron de la deliberación á los diputados de éste como un obstáculo, y propusieron quitar muchas personas que eran tenidas por causa de todos los males, y alejar al rey de Navarra; en fin, tanto quisieron hacer, que el Delfín disolvió la Asamblea. Pero Estéban Marcel, demagogo y astuto, mandando cerrar todos los talleres, y obligando á los operarios á armarse, impuso al delfín el deber de volver á reunir los Estados, que depusieron á los ministros odiosos al pueblo, escogieron otros para dirigir los negocios del gobierno, cambiaron los funcionarios y trabajaron por el bien del país.

El rey Juan, á quien hacían olvidar que se hallaba prisionero los honores de que se veía rodeado, anuló aquellos actos; pero de resultas se fomentaron los disturbios de tal manera, que hubo necesidad de recurrir á las armas. Retiráronse la nobleza y el clero de los Estados Generales; los demócratas se unieron á Carlos de Navarra, perpetuo enemigo de los Valois, quien, apenas salió de su encarcelamiento, anduvo pregonando sus méritos, la injusticia de los hombres, la deslealtad de sus amigos, y pidió que se pusiera en libertad á una turba de asesinos, de envenenadores, de falsarios y otros miserables, con cuya ayuda meditaba hacerse rey de Francia. El delfín se vió obligado á consentir en todas estas exigencias. Por divisa tomaron los demócratas el gorro rojo y azul turquí y el mote *Por el bien*: y su número se aumentó de día en día con su audacia. Marcel se adelantó un día hasta cerca del delfín: «Señor, no os espante lo que vais á ver,» le dijo; y dirigiéndose á los que le seguían, añadió: «Ejecutad aquello á que habeis venido.» Y degollaron á dos ministros que habían administrado justicia. Asustado

más entera fe á la conclusion definitiva de la paz: pero los que quieran observar la verdad del hecho, reconocerán en esta demostración un aumento de miseria para uno de los reyes, y un aparato de esplendor para el otro. MATEO VILLANI, VII, 66.

el delfín se arrojó á sus plantas, y Marcel le salvó la vida cubriéndole con su gorro azul y rojo.

Por el momento se prestó el delfín á todas sus voluntades; pero apenas cumplió veinte y un años, se hizo nombrar regente, fingiendo que secundaba á aquella arbitraria facción. Convocó los Estados Generales en Compiègne, donde se dirigieron en mayor número los diputados de la nobleza y del clero, atendido á que allí se encontraban más seguros. Se desaprobó todo cuanto en París se había hecho, y el delfín rehusó tratar con esta ciudad si no se le entregaban los jefes turbulentos.

Marcel tenía por objeto sustituir á la aristocracia feudal con las magistraturas ciudadanas; pero no guardaba miramientos más que á los ciudadanos, sin acordarse de los campesinos y de la nobleza inferior, lo cual era para muchos una causa de descontento; así tuvo que hacer que se nombrara á Carlos el Malo capitán de la milicia (1358). Reforzado el delfín por los nobles, que detestaban el partido demagogo, marcha sobre París. Carlos entabla conferencias, lo cual le hace perder la confianza del vulgo, que no admite la moderación, y es destituido. Marcel urde una trama para entregarle París, otros se oponen á la entrega; se traba el combate y Marcel muere. Entonces, en el primer furor, son asesinados los facciosos ó perseguidos criminalmente, y el delfín vuelve á entrar en París como soberano; ¡desdichada de la Francia, si el rey Eduardo no hubiera sido detenido á la sazón en Inglaterra por los asuntos de su nación!

Entre tanto las bandas mercenarias que habían sido licenciadas, devastaban el país; y vacilante el gobierno entre el rey, los Estados y la municipalidad de París, era impotente para reprimirlas. Sería imposible describir el espanto que infundían aquellos hombres de armas, que muy diferentes de los antiguos caballeros parecía que habían tomado por tarea oprimir al débil. En París, no se atrevían ni aun á tocar las campanas, por miedo de que el ruido no estorbara oír la aproximación del enemigo. Todavía era peor fuera: los campesinos ribereños del Loira pasaban la noche en las islas ó en los bateles, y los de Picardía en grutas subterráneas, donde se encerraban con sus rebaños, y donde las mujeres y los niños permanecían semanas y aun meses enteros.

El Norte de la Francia estaba agitado por la liga de los plebeyos llamada la *Jacquería* (9). Una

(9) «Porque algunas gentes de los pueblos campestres de Francia se reunieron sin jefe, y se pusieron cien hombres los primeros, y dijeron que todos los nobles del reino de Francia, caballeros y escuderos, hacían traición al reino, y que sería un gran bien que se les destruyera. Y cada uno de ellos dijo: *Infamado sea aquel por quien quede que los nobles sean destruidos*. Reunieronse, y sin otro consejo ni armadura, á escepcion de ferrados palos y cuchillos, se pusieron en marcha.» FROISSART, lib. II, p. 2, c. 65.

Véase NAUDET.—*Conspiración de Estéban Marcel ó Historia de los Estados Generales*.

vez desmoronado el trono, que hasta entonces había sido refugio del pueblo, este permanecía espuesto á la tiranía de los nobles, que querían indemnizarse á su costa de lo que ellos estaban obligados á pagar: *Jacques Bonhomme* (10) es un animal paciente, decían los señores y gente de armas, y ellos le rescataban, le saqueaban, le atormentaban, para sacarle dinero; después le daban muerte para no ser aturridos con sus quejas. Pero este paciente animal se enfureció y mordió. No anhelaba una emancipación política, como el pueblo de París, sino una sed de venganza contra una casta tiránica, una rabia unánime por esterminar lo que tanto les había hecho padecer; así prenden fuego á los castillos, asesinan á los nobles, ultrajan á sus mujeres é hijas, se revisten grotescamente con sus vestidos y títulos, asan á uno de ellos y se lo dan á comer á su esposa é hijas. Se les pregunta por qué insultan á las leyes divinas y humanas, y contestan: *Nada sabemos, hacemos lo que hemos visto hacer á los demás*, añadiendo que quieren esterminar de la superficie de la tierra toda raza de nobles y caballeros, para destruir hasta el germen (11). Esta era, pues, la suprema lucha de los últimos caballeros, que vanamente heroicos, sucumbían á las masas populares. Pero reuniéndose otros de todas partes y de todas las naciones en derredor de Carlos el Malo, derrotan á esta indisciplinada turba, dan muerte á Carlos su jefe, y sofocan la voz del pueblo con la sangre que derrama el verdugo. Habiendo asolado después Carlos las provincias del Norte, se dirigió á los ingleses.

Desamparada la nación se unió al delfín, que estableció algún orden en el gobierno. Sin embargo, deseoso el rey Juan de obtener su libertad, prometió todo lo que quiso Eduardo; pero sus exorbitantes concesiones fueron desechadas por los Estados Generales, que estaban más dispuestos en favor de la guerra que de la paz (12). En consecuencia, habiendo reunido Eduardo cien mil hombres de todos los países en Calais (13), asola el

(10) *Jacques Bonhomme* es la personificación del vulgo francés, así como *John-Bull* del inglés.

(11) FROISSART, III, 297.

(12) «Mas valia que el rey Juan permaneciese aun en Inglaterra.» FROISSART.

(13) «Debeis de saber que los señores de Inglaterra y los ricos homes, llevaban en sus carros tiendas, pabellones, molinos, hornos para cocer y fraguas para forjar herraduras para los caballos y las demás cosas necesarias; y para todo esto llevaban consigo ocho mil carros tirados cada uno por cuatro rocines buenos y fuertes que habían sacado de Inglaterra. Había además en estos carros varias barquillas y bateles pequeños, hechos y acomodados tan bien, de cuero, que en verdad era una maravilla verlo; y cabían bien tres hombres dentro para hacerlos vogar en un estanque ó un vivero por grande que fuese y pescar á su voluntad, lo que les servía de mucho en todo tiempo y en cuaresma á los señores y gentes de Estado; pero los comunes se pasaban con lo que encontraban. Y con esto tenía el rey para sí treinta halconeros á caballo encargados



Norte y ataca á Reims, donde pretendía hacerse coronar. Se acerca á París ostentando su magnificencia y fuerza, al paso que el delfín se obstina en permanecer en la inercia. En fin, los legados del papa verifican la conclusion de una paz, que fué firmada en Bretigny. Por aquel tratado, la Francia cede al monarca inglés la soberanía de la Guyena y de otras varias provincias, comprometiéndose á pagar tres millones de escudos de oro (166 millones de pesetas) por el rescate del rey Juan. A Carlos el Malo se le concede el perdon, prestando juramento de fidelidad.

La desgracia habia enseñado la prudencia al rey Juan. Con objeto de reunir su rescate, permitió á los judíos volver á Francia por veinte años. Obtuvo del Papa los diezmos sobre el clero y las ciudades le concedieron donativos; Juan Galeazo Visconti le dió sesenta mil florines de oro por la mano de una de sus hijas (14). Inventáronse nuevas contribuciones, sin contar la alteracion acostumbrada en la moneda. Pero las devastaciones no cesaron con la guerra; en efecto, las tropas licenciadas se convirtieron en partidas que vivian á discrecion en el país. Bajo el nombre de rezagadas asolaron provincias enteras, impusieron enormes contribuciones y derrotaron á las tropas enviadas contra ellas por el rey. En fin, asustado el mismo Papa en su residencia de Aviñon, ofreció sesenta mil florines de oro al marqués de Monferato para tomarlos á su servicio, y así lo hizo; los demás se retiraron á la Guyena ó Guiena.

Era muy difícil en semejante miseria ejecutar el tratado de Bretigny; queria sin embargo el rey Juan su cumplimiento, diciendo: «Si la justicia y la buena fe estuvieran desterradas de la tierra, deberian encontrarse en los labios y en el corazón de los reyes.» Su hijo, el duque de Anjú, uno de los rehenes, habiendo encontrado el medio de fugar, y no pudiendo Juan determinarle á volver á Inglaterra, volvió á Lóndres para constituirse en prisionero. Pasó aun algun tiempo en juegos y fiestas, que hacian prefiriase su cautiverio á la penosa tarea de reinar en Francia, y murió en su prision (1364). Fué un príncipe caballeresco y nada más; bueno tal vez para una época en la que se hubiese calculado y especulado menos, más para la suya fué muy dañoso á la Francia. Al paso que sus predecesores se habian esforzado en unir el territorio francés él adjudicó el ducado de Borgoña, vacante entonces, á su cuarto hijo Felipe el Atrevido, que por su matrimonio juntó Flandés, Nevers, Retel, Malines, Ambères, creando de esta

de los pájaros, y sesenta traillas de perros y otros tantos lebreles, con los que iba todos los dias á caza ó al río, según le agradase; y habia varios señores y ricos homes que tenian sus perros y pájaros como el rey, y tenian cada uno su partido dividido en tres partes, y cabalgaba cada uno por sí. FROISSART, I, 2.

(14) Mateo Villani es el único que lo asegura.

manera una poderosa oposicion, que arrastró á la Francia á aquella guerra con el imperio, que no cesó nunca.

**Cárlos V.**—La muerte de Juan permitió á Cárlos V obrar con más libertad. Llegado á la edad de hombre, aleccionado por las circunstancias, supo refrenar la impetuosidad francesa; y enfermo como estaba, hasta el punto de verse obligado á estar continuamente envuelto en pieles, hizo que Eduardo dijese: «Nunca rey ha usado menos la armadura y me ha dado más que hacer.»

**Duguesclin.**—Tenia en ello menor parte su mérito que la felicidad y la buena eleccion de su padre, que habia colocado á su lado al famoso breton Bertran Duguesclin Tosco de cuerpo y rodeado de hermanos, llegó Bertran á ser tan duro y áspero como el que es tratado con injusticia, y no pudiendo esperar el amor de las mujeres, resolvió señalarse por su valor. Habiéndole prohibido su padre acudir á un torneo que debia verificarse en Rennes, toma un rocín, y armado lo mejor que pudo, se presenta en él de incógnito. Las proezas de que es testigo le hacen suspirar y entusiasmarse hasta que viendo á un caballero que se retira de la liza, le sigue y le suplica le preste sus armas y su caballo. Cuando los obtuvo, se presenta en campo cerrado, y derriba uno tras de otro doce caballeros. Habiéndosele roto la visera fué reconocido por su padre, cuyas alabanzas coronaron su triunfo (15).

Fué el principio de una vida de aventuras. Como los antiguos héroes, dirige primero sus miradas hácia Oriente; pero después combate en su patria, y el grito de ¡Nuestra Señora Guesclin! es el terror de los invasores de la Francia. Una vez penetra en un castillo fuerte, disfrazado de viñador y prepara la entrada á sus compañeros. Otra vez sube con tres de ellos el puente del castillo de Fougeray, llevando cada uno á cuestas un haz de ramas, como leñadores que venian del monte. Arrojando entonces sus haces de modo que no pudiera levantarse el puente, sacan las armas, y pelean hasta la llegada del ejército. Fué tomada la fortaleza y los vencedores se sientan á la mesa servida para los otros.

Los ejércitos se componian entonces de hombres de armas pertenecientes á las posesiones de la corona, ó que los grandes vasallos estaban obligados á proporcionar al rey, y de hombres libres que convirtiendo la guerra en un oficio, vendian su espada á quien la pagaba por un tiempo y bajo condiciones determinadas, sometiéndose inmediatamente ó al rey ó á un capitán que por una suma estipulada tomase sobre sí la empresa,

(15) DE FREMENVILLE. *Hist. de Bertrand Duguesclin*. Paris, 1841, en 8.º. Charrière en la *Coleccion de los documentos inéditos sobre la historia de Francia* ha publicado una crónica de Duguesclin, por CUVÉLIER, trovador del siglo XIV, 2 tomos en 4.º.

como si dijéramos el arrendamiento. Como la obligacion del servicio feudal estaba reducida comunmente á un pequeño número de dias, los reyes estaban obligados, cuando querian emprender largas expediciones y ser obedecidos, á recurrir á tropas mercenarias, tanto como lo permitian los estrechos límites de sus rentas. Una vez hecha la paz, acostumbradas estas gentes á guerrear, no podian entrar en ninguna de las clases de que se componia la sociedad; encontrábanse, pues, con ella en estado de abierta hostilidad, infestando los caminos, tiranizando las aldeas y hasta las mismas ciudades, bajo el mando de capitanes aventureros que pertenecian á veces á familias distinguidas.

Adoptó, pues, tambien Duguesclin el oficio de jefe de banda, y se hizo adorar de sus soldados, á quienes dejó saquear y entregarse á todos los excesos. Los mismos enemigos admiraban su valor. Eduardo quisó verle, y Duguesclin se presentó delante de él, diciendo que estaba á sus órdenes, con tal que no le mandase nada contra su jefe.—*¿Y cuál es vuestro jefe?—Monseñor Cárlos de Blois, á quien pertenece de derecho el ducado de Bretaña.—Maese Bertran, antes que sea lo que decís, cien mil vidas costará.—Tanto mejor; los que queden tendrán los vestidos de los demás.* Echáronse á reir, y el héroe breton fué honrosamente tratado. En el momento en que iba á marchar, se presenta á él Guillermo Bembré, uno de los ingleses más valientes, que le dijo: *En la toma de Fougeray, habeis muerto á uno de mis parientes, quiero vengarle y romper tres lanzas con vos.—Aun que sean seis,* responde Duguesclin. Vistese la armadura, y antes de llegar á las manos, moja tres pedazos de pan en un vaso de vino, y los come en honor de la Santísima Trinidad; después del primer golpe, tiende al inglés muerto á sus piés, se inclina delante del duque y se marcha.

Duguesclin señaló el principio del reinado de Cárlos con la victoria de Cocherel (1364), donde derrotó á los ingleses que protegian al rey de Navarra, y en recompensa fué nombrado mariscal de Normandía. Pero en la jornada de Auray, en que Cárlos de Blois y Cárlos de Monfort peleaban por el ducado de Bretaña, el primero fué muerto, y Duguesclin quedó prisionero. Toda la Bretaña se declaró entonces por Monfort, que la tuvo como feudo de la Francia. Duguesclin fué rescatado por cien mil libras, es decir, más de un millón.

Cárlos V, que se proponia arrojar á los ingleses de Francia, compraba amigos, preparaba armas y dinero, enviaba proclamas y predicadores. Comenzando después las hostilidades, se apoderó del Ponthieu y del Lemosin; teniendo la suerte de ver morir á Juan Chandos, el mayor general del enemigo. Animada la nacion con este principio, ofreció subsidios sin murmurar. Duguesclin produjo uno aún mayor, reuniendo las bandas de aventureros, esparcidas bajo el nombre de grandes com-

pañías, y llevándoselas á pelear á Castilla (16), con lo cual daba mejor direccion á aquella inquieta actividad, reunia las fuerzas en vez de destruirlas, de manera que trasformó á los aventureros en soldados que dieron influencia al rey en la política exterior y un amigo en el rey de Castilla. Duguesclin, llamado á su patria, fué recibido como en triunfo, y fué honrado con la espada de condestable y el mando de todo el ejército, aunque él tratase de no admitirlo.

Entonces quedó ya enteramente decidida la victoria por la flor de lis. A la noticia de la toma de Limoges, débil de fuerzas y de salud el príncipe de Gales, acusó de traicion al obispo. Tomó la plaza á viva fuerza, hizo asesinar y arrojar al fuego á todos los habitantes, y terminó con este acto de crueldad atroz, una expedicion en la cual habia mostrado en diferentes circunstancias sentimientos generosos. Volvió á Inglaterra para restablecerse, y murió allí en 1376; al año siguiente le siguió su padre al sepulcro.

**Su fin.**—No sólo los franceses batian á los ingleses en el continente, sino que además, con ayuda de la escuadra castellana, asolaban sus costas; especialmente durante la menor edad de Ricardo II. Duguesclin no habia aceptado la espada de condestable, sino bajo la condicion de que el rey no creeria ninguna acusacion contra él antes de ser oido. En efecto, la envidia que nunca deja de atacar las grandes acciones, dirigió sus tiros contra el héroe hasta el punto de que el rey concibió dudas de su fidelidad. Apenas lo notó Duguesclin, cuando abandona el mando, y marcha á España con objeto de encontrar la estimacion merecida que se le niega en su patria. Atacado en

(16) En la crónica publicada por Charrière, se halla el curioso discurso pronunciado por Duguesclin á los aventureros para decidirlos á que le siguiesen á España:

*En Avignon irons, ou je sais bien aller;  
Et absolucion vous irez impetrier  
De trestous vos pechés de tuer et embler,  
Et puis ensemble irons nos voyage achever.  
Nous portions bien, de vrai, en nous considerer  
Que fait avons assez pour nos ames dampner.  
Pour moi le dis, seigneurs, je le sais bien au cler,  
Je ne fis onques bien dont il me doit peser:  
Et si j'ai fait des maux bien vous poez compter  
D'estre mes compagnons, encore de passer  
D'avoir fait pis de moi bien vous poez vanter...  
Faisons á Dieu honneur, et le diable laissons;  
A la vie visons comment usé l'avons;  
Les dames efforcées et arses les maisons;  
Hommes, enfans occis, et tous mis á rançons;  
Comment mangé avons vaches, beufs et moutons,  
Comment pillé avons oies, poucins, chapons,  
Et béu les bons vins, fait les occisions,  
Eglises violées et les religions:  
Nous avons fait trop pis que ne font les larrons.  
Pour Dieu, avisons-nous, sur les païens alons;  
Je nous ferai tous riches, si mon conseil creons,  
Et arons paradis, aussi quand nous morrons.*